

CRIMEN Y COSTUMBRE EN OTRO MUNDO SALVAJE

LA MIRADA
FASCINADA Y
PIADOSA DE
ALFREDO SRUR

ESTEBAN RODRÍGUEZ ALZUETA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

CRIME AND CUSTOM IN ANOTHER WILD WORLD.
THE FASCINATED AND PIOUS LOOK OF ALFREDO SRUR

PALABRAS CLAVES: etnografía | trabajo de campo | fotografía
KEYWORDS: ethnography | fieldwork | photography

La etnografía está hecha de observación participante, es decir, de mucha paciencia. Hay fotos que llegan solas, que uno se las choca cuando va caminando por la calle. Pero hay otras que hay que saberlas esperar. Están los que se mueven como cazadores furtivos, desplazándose por la ciudad hasta encontrar la imagen adecuada para gatillar. Y después están aquellos que hicieron de la fotografía una manera de explorar un universo íntimo que se va revelando de apoco, a medida que la confianza relaja los cuerpos y permite que las cosas regresen a su cotidiano. En ambos casos se trata de fotos espontáneas, pero la espontaneidad no está hecha de las mismas rutinas, la misma paciencia.

Alfredo Srur es el autor de la muestra *Geovany no quiere ser Rambo*, una serie de fotos en blanco y negro que después fue publicada en un libro que lleva el mismo título. Win Wenders solía repetir que la vida es en colores, pero en blanco y negro es más realista. Los colores suelen distraernos en sus detalles, mientras que el blanco y negro concentra las miradas en los contrastes que lograron captarse. No hay escapatoria, la mirada no puede irse por la tangente. El fotógrafo captó ese instante y ya no podremos movernos de allí. Nuestra mirada quedará atrapada al *punctum* que supo construir el fotógrafo.

Esta serie fue tomada en Colombia, en algunas de las comunas de la periferia de la ciudad de Medellín. Con 24 años Alfredo había viajado para convivir con una pandilla o combos, como suelen decirles allí a esos colectivos de jóvenes que hicieron de la grupalidad una estrategia de pertenencia. Alfredo había sido becado por la Fundación

Nuevo Periodismo de Gabriel García Márquez para hacer un taller de fotografía en Cartagena. Eran todavía los años de plomo y plata. Cualquiera que haya leído las novelas de Gilmer Meza, *La cuadra*, de Jorge Franco, *El cielo a los tiros*, o de Fernando Vallejos, *La virgen de los sicarios*, o visto la película *La gorra* de Andrés Lozano Pineda, puede hacerse una idea cabal adónde se estaba metiendo Alfredo. La ciudad seguía envuelta en disputas entre grupos narcos por el control del territorio, disputas que se prolongaban con las disputas entre pandillas. Todo el mundo andaba armado. En un contexto de pobreza persistente y desigualdad social, el sicariato era una estrategia de sobrevivencia, la manera de ganarse la vida que tenían muchos jóvenes de aquellas Comunas. Una mano de obra barata, pero llena de destrezas que no se compran en el kisoco de la esquina, se aprenden en la calle, pateando la calle con los amigos. Puede que sea fácil conseguir un arma, pero aprender a usarla es otra cosa. Requiere no solo entrenamiento previo sino aprender a usar el cuerpo, a inspirar miedo, a leer los códigos de la calle, a ejercer la lealtad. Pero si es difícil aprender a ser un sicario más difícil es dejar de serlo. La violencia llama a la violencia. Geovany tuvo la suerte de cambiar las armas por los zapatos. Pero sus amigos no corrieron la misma suerte, quedaron en el camino. Hay violencias que se vuelven miméticas, que no tienen la capacidad de detener las venganzas. Con las disputas narcos las bandas encontraron allí una fuente de trabajo, pero después llegaron los paramilitares y con los paramilitares otra vez las fuerzas armadas.

Cristian Alarcón, que prologó el libro de Srur, nos cuenta que "Alfredo llegó a la Comuna gracias al contacto que le dio el gran cronista Alejandro Castaño, que por esa época era redactor del diario

El Colombiano. No necesitó más. Aunque Alejandro le advirtió que no podía responder por su seguridad, que el riesgo era demasiado. Alfredo se instaló allí. Conoció a Geovany en la estación del metro del Centro. Geovany lo llevó a su casa, le presentó a su familia. Alfredo subió los siguientes tres días en bus, hasta que Geovany lo invitó a quedarse a dormir en su casa". Alfredo se quedó conviviendo tres semanas con Geovany. Luego se sumó al equipo de la fiscalía para seguirlos en su derrotero: levantar cadáveres acribillados a balazos. Había que mirar a la muerte desde distintos lados, enfocarla con la perspectiva de otros actores.

Geovany no quería ser Rambo, quería ser zapatero. Si hubiese nacido en otro barrio a lo mejor sus sueños estaban hechos de otras imágenes. Pero en esa Comuna, a esa hora de la vida que le tocó, los sueños llegaban hasta ahí.

Un sicario no es un sicario. Un sicario es también un padre, un hijo, un hermano, es hincha de fútbol, una persona religiosa, tiene otros oficios, otros sueños, es decir, es un montón de cosas. Lo que hace Alfredo con Geovany es reponer no solo el universo social donde se mueve Geovany sino sus múltiples rostros, devolverle la complejidad a una vida que estaba siendo aplanada por la gran prensa cuando demonizaba a las personas como Geovany colgándoles el cartelito de "sicario". El telón de fondo no es una escenografía que está para agregarle pintoresquismo a la imagen, para volver excéntrico a la persona que se retrata. Si las imágenes pudieran hablar estarían llenas de piedad, pedidos de perdón. Nadie quiere ser un sicario. Es la vida que te tocó. Lo que se podía elegir. Una elección llena de riesgos para siempre. Y ese "siempre" suele ser muy corto.

Alfredo mira a Geovany y no lo juzga, lo interpela, pero no lo juzga, lo enfoca y no lo califica. Hay en la mirada de Alfredo una fascinación por la violencia, pero también la íntima comprensión de los riesgos que se corren con la violencia que encarnan personajes como Geovany, sea en Honduras, Los Ángeles o el conurbano Bonaerense. Acaso por eso mismo las fotografías de Alfredo son el resultado de una mirada piadosa que busca retratar esa imagen que lleva en su cabeza, una imagen que no se deje llevar por la violencia, que quiere reponer las otras partes vitales de la que están hechas las vidas que eligieron y no eligieron la violencia.